



De Washington a Moscú, pasando por Pekín

A gobiado por las consecuencias punitivas de la crisis de Ucrania, amenazado por la revisión del aprovisionamiento energético que desde Rusia se realiza con Europa Oriental, el Presidente Putin ha acudido a China no solo para ofrecer allí valiosos contratos energéticos y militares, sino también para sugerir una alianza estratégica, incluso si fuera posible toda una inversión de alianzas que a largo plazo suponga relegar a Estados Unidos y la Unión Europea al interés ruso. Ante un viaje oficial a Shanghái, juzgado como fruto del acoso y las prisas, queda por ver la longitud de su alcance, quizás más prometedor –no de forma inmediata– en el ámbito energético que en el político o estratégico propiamente dicho; por supuesto si es que ambos campos pueden separarse en dos países como China y Rusia cuyos objetivos no siempre coinciden, sin que les falten elementos para el enfrentamiento y sin que los chinos compartan la reciente frialdad agresiva de Putin con Occidente.

El viaje a China de Putin no puede compararse con el de Nixon en 1972, difícilmente servirá de colusión contra Estados Unidos y Occidente como éste sirvió con la participación de China para arrinconar a la Unión Soviética, su gran enemigo entonces. Estadounidenses y chinos restablecieron relaciones diplomáticas en 1979 y una Unión Soviética que ya estaba debilitada antes del viaje de Nixon, más aún después de éste, se encontró obligada a firmar el primer acuerdo de limitación de armas estratégicas (SALT) y los Acuerdos de Helsinki. Tras la reciente intervención del Presidente Obama en West Point y después del periplo chi-



no del Presidente Putin y de su firma, junto a Bielorusia y Kazajstán, del Tratado para la Unión Económica Euroasiática, se especula con la aparición de un panorama internacional diferente, con nuevos bloques políticos y económicos en formación y, efectivamente, con la posibilidad de que China se sitúe entre rusos y estadounidenses para enfrentarlos y aprovecharse de ambos, como gracias a Nixon hizo ya este país en décadas pasadas.

Las comparaciones se muestran limitadas. La repetición de aquel esquema de triangulación, una obra maestra de Kissinger, no es muy probable con un mundo y unos actores francamente alejados de la realidad de los años 70 del pasado siglo. Putin habría confiado en exceso en el aprovechamiento de la influencia de China, muy presente en el Consejo de Seguridad y otras instituciones internacionales pero con objetivos estratégicos divergentes a los de Rusia y con una posibilidad de conflicto en Asia Central. Además, las tres grandes potencias tienen notables intereses en el Pacífico, donde se presentan serios riesgos de colisión entre China, Estados Unidos y sus destacados aliados regionales, también amenazados por las reivindicacio-

nes chinas. Ciertamente, los intereses de China y Rusia convergerían en la medida en que Moscú, además de facilitar el aprovisionamiento energético, proporcione a Pekín una mayor entrada en la cooperación militar, facilitando también la inversión china en un mercado tan amplio como el ruso –hasta ahora inédito para China– y la ansiada penetración en Siberia.

Pero rusos y chinos no comparten siempre y en su totalidad el mismo camino. Está por ver cómo y cuanto Pekín respaldará la política expansiva de Moscú en territorios irredentos, o Moscú la política también expansiva de Pekín en los mares de China, teniendo asimismo serios problemas territoriales en Taiwán, Tíbet, Mongolia y Xingiang. El expansionismo y el irredentismo siempre resultan caros. Quiere esto decir que la ecuación buscada por Putin no es directa ni se resuelve inmediatamente, con una China que además tiene en los Estados Unidos un importantísimo socio político y comercial con quien es muy improbable que arriesgue su buena relación actual. Lo que esta coyuntura sí ofrece a China es una cierta libertad de movimientos entre Moscú y Washington para obtener de ambos las máximas ventajas. Rusia actúa cerca de los chinos de una manera reactiva y compensatoria pero China se mueve con prudencia, tiene mucho que ganar comiendo a dos carrillos, al percibir los beneficios en esta nueva triangulación y conocer que las bazas expansionistas de Putin responden a la necesidad de preservar su propia popularidad; en una fase de incertidumbre política y recesión económica evidentes a la que los chinos preferirían no verse arrastrados. ●

El viaje a China de Putin no puede compararse con el de Nixon en 1972, difícilmente servirá de colusión contra Estados Unidos y Occidente como éste sirvió con la participación de China para arrinconar a la Unión Soviética, su gran enemigo entonces